

# ELECTRA

Revista semanal.



## SUMARIO

*La cuestión obrera*, por T. Orbe.—*Por si acaso* (cuento), por Silverio Lanza.—*Tarde del Trópico*, por Rubén Darío.—*Los libros y los hombres: La muerte de los dioses*, por Ramiro de Maeztu.—*París*, por Enrique Gómez Carrillo.—*El ave inmortal*, por Salvador Rueda.—*Beatriz*, (novela), por Ramón del Valle Inclán.—*Los poetas de hoy: Las niñas*, por Juan R. Jiménez.—*Ideas actuales*, por José María Llanas Aguilaniedo.—*Felipe IV*, por Manuel Machado.—*Domingo en Toledo*, por Pío Baroja.—*Carta de Portugal: Las casas de Dios*, por Silvio Rebello.—*La política*, por Roberto Castrovido.—*Mística*, por Francisco Villaespesa.—*Letras francesas: Henry Bataille*, por Géminis.—*Los vidrios grises*, por Henry Bataille.—*Nota de la semana*, por Adolfo Luna.—*Cuatro palabras sobre la ópera española*, por Pedro Córminas.

REDACCIÓN

Calle de Argensola, 9.

ADMINISTRACIÓN

Espíritu Santo, 18, bajo.

MADRID

15 céntimos.



# Electra.

AÑO I.

Madrid 23 de Marzo de 1901.

Núm. 2,

## La cuestión obrera.

Desde hace poco ha tomado singular desarrollo en España la cuestión obrera. Es un gran síntoma y un gran bien.

Tocqueville explica admirablemente que los pueblos se sublevan, no cuando se ven más hollados y miserables, sino cuando el yugo es más ligero. A medida que la prosperidad se desarrolla, los espíritus se muestran más inquietos y crece el odio contra las viejas instituciones. Los obreros más exigentes son los que ganan más, porque un aumento del bienestar trae aparejada una suma de dignidad humana, un desarrollo de la inteligencia del obrero y, por consecuencia, una noción más enérgica de la justicia. Los buenos burgueses de Gijón se asombraban de que, ganando un duro sus obreros, pidiesen más, cuando justamente por eso pedían más, porque ganaban un duro. Donde los obreros ganan seis reales, no se conocen las huelgas. El salario vil envilece á los hombres aproximándolos á los antiguos esclavos, sin vislumbres de dignidad, ni de sentimiento de justicia, ni anhelos de libertad. Mas ¡desgraciado país donde los obreros poseen la virtud negativa de la resignación!

Decía al principio, que el potente movimiento obrero es un gran síntoma y un gran bien. Es un gran bien, sí, lejos de ser una calamidad como creen los amantes de la paz, de la paz de los sepulcros. Las instituciones democráticas exigen la mayor igualdad posible de condiciones. El sufragio universal no podrá funcionar con toda su eficacia hasta que se obtenga el bienestar universal. La igualdad política demanda, como condición indispensable, la democratización económica; y como á esto tienden las reivindicaciones obreras con sus exigencias de mejoramiento ilimitado, son un gran bien. Porque toda conquista en el terreno del derecho y de la justicia, contribuye á ensanchar la base de afianzamiento de una sociedad bien constituída, dándole una solidez de que carece la sociedad basada sobre la extrema desigualdad y la injusticia. Y por esto, los que se llaman *hombres de orden* son justamente los peores enemigos del orden, porque se obstinan en mantener un régimen que carece de condiciones de estabilidad, en tanto que llaman enemigos del orden á los que desean asentar la sociedad sobre los cimientos incommovibles de la justicia.

Y es un gran síntoma el de las peticiones obreras, porque implica un

progreso industrial. Se va haciendo evidente que la reducción de la jornada beneficia al patrono ó al menos que no le perjudica, porque el esfuerzo muscular tiene un límite y es en vano que se le exija más de lo que puede dar, resultando que el obrero hace el mismo trabajo en ocho horas que en diez, porque lo que pierde la jornada en extensión, lo gana en intensidad. Los patronos inteligentes están ya convencidos de esto, y de ahí que la jornada de ocho horas, que hace diez años parecía irrealizable y ruinoso, comience á ser aceptada en casi todas las naciones. El eminente profesor de Oviedo, D. Adolfo Posada, ha publicado recientemente un artículo muy documentado acerca del asunto.

La demanda de mayor salario es aún más fecunda en bienes, porque no beneficia sólo á la clase que aparece directamente favorecida, sino á toda la sociedad. Véase cómo. El industrial que procura pagar lo menos posible á sus obreros para obtener el máximun de beneficios, obra bajo la presión de su instinto económico, instinto vigoroso que se sobrepone á toda consideración de orden moral y á todo sentimiento de equidad. Dominan al mundo económico resistencias instintivas individuales, verdades inmediatas, que dejan de ser verdades cuando se examinan en toda su extensión como fenómenos económicos, y bajo el amplio punto de vista de los intereses sociales. Así, el alza de los salarios, á la que el industrial se resiste, considerándola como una ruina, es en realidad una causa potente de prosperidad y de progreso industrial. La baratura del salario implica el estacionamiento de la industria, y una prueba de esto es el tradicional atraso de los agricultores andaluces, quienes no rechazan el uso de las máquinas agrícolas por espíritu de rutina, como se cree comúnmente, sino porque es un mal negocio. Jamás en el orden industrial se ha dado un paso que no esté inspirado en el interés del negocio; jamás se ha hecho una transformación que no traiga aparejada una economía, y las máquinas agrícolas no pueden ser una economía mientras el obrero de los campos andaluces trabaje por un salario tan vil, que no tiene semejante sino en los Estados asiáticos, donde el hombre se cotiza casi de balde, donde la dignidad humana recibe perenne ultraje, y donde todo progreso sucumbe bajo el peso del despotismo secular en que vive la raza docilísima y ultraresignada.

Y la abolición de la esclavitud que tanta retórica cursi ha producido, no es más que un hecho económico, porque llegó un momento en las transformaciones de la producción en que era un mal negocio tener esclavos. Un hacendado ó un industrial de nuestros días se negaría á tener esclavos, y no por razones de humanidad, sino porque los trabajadores libres son más baratos.

No hace mucho que los trabajadores de una gran explotación agrícola de América, en un momento de trágica desesperación ó acaso de amarga ironía, se ofrecieron como esclavos al director, quien no aceptó la proposición porque no le tenía cuenta.

En efecto, á un esclavo, como á un caballo ó cualquier otro animal doméstico hay que mantenerle toda la vida, cuidarle si enferma, y para que no enferme es preciso no exigirle un trabajo excesivamente duro, mientras que al obrero libre se le utiliza en los años de vigor, se le paga cuando se le ocupa y luego allá él.

El esclavo se hace viejo é inservible y sigue comiendo, en tanto que el trabajador libre es siempre joven, porque se renueva constantemente despidiendo á la carne cansada.

En los países donde las masas obreras se han penetrado bien de su triste condición, se han asociado para su defensa y el resultado ha sido la inmediata mejora del salario. Ante esto, el industrial procura economizar hombres y sustituirlos con máquinas, y de aquí provienen los perfeccionamientos técnicos y la adopción de medios mecánicos que marcan el progreso de la industria.

No hay en esto ningún estímulo ideal; cada etapa del progreso es una reacción contra los avances del salario, una resultante de ingenio industrial provocado por la carestía del trabajo.

Regla general: país de salarios bajos, país rutinario y cerrado á todo progreso. Si se quiere conocer el estado de desenvolvimiento industrial de un pueblo, véase el tipo de sus salarios: Inglaterra, de 8 á 12 chelines; Francia, de 7 á 15 francos; España, de 2 á 3 pesetas; China, de 0,50 á 1, 25. Y si la industria urbana progresa infinitamente más que la agrícola, sólo consiste en que el obrero de los campos es menos inteligente, más resignado, más «asiático», y no suscita el ingenio de los industriales agrarios como el obrero de la ciudad con sus vigorosas reivindicaciones y sus anhelos de mejorar. Cuando el trabajo humano se obtiene casi de balde no se piensa en sustituirle con el trabajo mecánico; no tiene cuenta esta sustitución; sólo cuando aquél se encarece surgen las máquinas.

Es inútil insistir en la demostración de esta verdad; creo que todo el que reflexione un poco en ello comprenderá su evidencia.

La elevación de los salarios es la causa principal del progreso de la industria.

En otro artículo expondremos cómo además de ser causa de progreso es causa de prosperidad general, y cómo las crisis industriales y comerciales provienen de la pequeñez de los salarios.

*Timoteo Orbe.*

---

Agradecemos vivamente á los periódicos que se han ocupado de la aparición de ELECTRA sus benévolas y cariñosas frases. A todos deseamos la prosperidad que nos auguran. ¿No guarda relación inmediata la cultura de los pueblos con la prosperidad de sus diarios y revistas?

## POR SI ACASO

Los señores marqueses de Albatera me perdonarán que haga públicos algunos antecedentes de su familia, que ya son conocidos por muchas personas. Creo que éstos pueden servir de provechosa lección, y en nada merman el prestigio de aquellos aristócratas.

La abuela del actual marqués fué la llamada *Virgen Juana*, que dió á luz siendo doncella. Una enfermedad nerviosa puso á la inocente niña en peligro de muerte; y, aunque apenas podía hablar, confesó con un sacerdote de Elda que fué llamado precipitadamente al castillo de los Albatera. Dios hizo un milagro, y la joven sanó. Nueve meses después daba á luz una preciosa criatura, que llevó el nombre de María Milagrosa, y que es la madre del actual marqués y de su hermano de éste, el célebre don Enrique.

D. Enrique era un demente notable, á quien conocí cuando fuimos Mr. Longeye y yo á continuar la explotación de una mina de galena argentífera, propia del marqués, y que estuvo anegada y abandonada algunos años; D. Enrique, caballero cumplidísimo y uno de nuestros diplomáticos más elegantes, se volvió loco y anarquista al mismo tiempo, y fué necesario recluirle, con relativa libertad, en el citado castillo, donde nos acompañaba galantemente á Longeye y á mí cuando descansábamos de nuestras tareas de campo.

Una tarde, excitado D. Enrique por la temperatura primaveral, nos habló de su mamá.

—He visto dos casos, nos contaba accionando rápidamente: uno, el de un fraile; el otro, el de un capitán de un instituto distinguidísimo. El fraile había sido soberbio para con el Maestro de Novicios, y se negaba á pedirle perdón: le encerraron en una celda con un crucifijo y un Kempis; le daban pan y agua por un ventanillo de la puerta; y, á media noche, la comunidad rezaba ante el encierro el Oficio de difuntos: al cuarto día sucumbió la altivez del fraile, y pidió perdón humildemente. El capitán había hecho fulleras en el juego; y sus compañeros le encerraron en el cuarto de banderas con un revólver bien cargado: á los cinco minutos el capitán se había deshecho el cráneo.

Pues bien; yo le he dicho á la sociedad: eres maldita porque no has llegado á producir la felicidad de un sólo hombre; ahí te quedas encerrada entre los círculos polares; humíllate como el fraile, ó perece como el capitán.

—Y ¿no ha hecho nada?

—Hasta ahora no, pero yo esperó.

¡Pobre D. Enrique!

Algún tiempo después volvimos al castillo, y Longeye, deseoso de curar ó de calmar al diplomático, le dijo á éste:

—Nos ha ocurrido un suceso que puede cambiar sus opiniones de usted.

—¿Qué es ello?

—Nos faltaba un cristal de color de la pantómetra, y sospechando que lo hubiese hurtado el muchacho que trabaja en el taller de recomposiciones, le hicimos bajar á uno de los pozos, advirtiéndole al mozuelo que no saldría hasta que el cristal hubiese parecido: éste era un procedimiento análogo á los empleados con el fraile y con el capitán.

—Efectivamente; y ¿qué pasó?

—En vista de que el muchacho no llamaba, bajó á buscarle un capataz, y le halló dormido.

—¿Tiene gracia!

—Pues bien, ¿no será posible que esa sociedad, que usted maldice, sea tan inocente como el muchacho, y esté durmiendo?

—No lo niego, pero será preciso despertarla.

—Déjela usted que descansa; harto ha padecido.

D. Enrique se quedó meditando, y al cabo de unos instantes dijo á Longeye:

—Por mí, puede dormir, pero donde no haya curas: no sea que le pase lo mismo que á mi abuela.

*Silverio Lanza.*

## Tarde del Trópico.

Es la tarde gris y triste,  
viste el mar de terciopelo  
y el cielo profundo viste  
de duelo.

Del abismo se levanta  
la queja amarga y sonora.  
La onda, cuando el viento canta,  
llora.

Los violines de la bruma  
saludan al sol que muere.  
Salmodia la blanca espuma  
miserere.

La armonía el cielo inunda,  
y la brisa va á llevar  
la canción triste y profunda  
del Mar.

Del clarín del horizonte  
brota sinfonía rara,  
como si la voz del monte  
vibrara.

Cual si fuese lo invisible...  
cual si fuese el rudo són  
que diese al viento un terrible  
león.

*Rubén Darío.*

# LOS LIBROS Y LOS HOMBRES

## LA MUERTE DE LOS DIOS

(LA NOVELA DE JULIANO EL APÓSTATA)

por Dmitry de Merejkowsky.

He aquí un libro que ha tenido la virtud de remover las ideas, imágenes y anhelos que más agradablemente cosquillean mi espíritu. Lo he leído dos veces, interrumpiendo la lectura á cada página para lanzarme al espacio azul de los ensueños. ¿Y no es este el ideal de un libro?

Pues, ¡no! *La muerte de los dioses* no es el libro ideal; le falta mucho. En calidad de resurrección histórica me parece tan vulgar como *Quo vadis?*; la novela está compuesta á retazos, sin hilo que los una; sobran las dos terceras partes del primer tomo y faltan emoción, intensidad y medida; el estilo es de pura reputación; no se yerguen más imágenes en la obra que las arrancadas por el autor á las canteras infinitas de Nietzsche. Merejkowsky, como d'Annunzio, como Kipling, como Sudermann, es otro de los amigos de Zarathoustra que han olvidado la orden de separarse de él.

¿Qué ha podido interesarme en la obra?... Es que difícilmente hallará un novelista asunto más sugestivo. ¡La muerte de los dioses!... ¡Cuántas veces nos hemos preguntado por qué murieron los dioses del Olimpo, por qué triunfaron las doctrinas de Cristo, por qué desaparecieron de la tierra la alegría y serenidad paganas?... ¡Cuántos hombres de genio han consumido la existencia en intentar satisfactoria respuesta á esa pregunta!... ¿Por qué murió el Olimpo?... El héroe de *La muerte de los dioses* es aquel César soñador que se propuso resucitarlos, aquel Juliano que arrancó la cruz del lábaro para soldar en

el estandarte la imagen del dios Sol. La voluntad y el poderío del César se estrellaron. ¿Por qué, por qué?...

En torno de Juliano todo era podre y corrupción. Las líneas helénicas, hijas de la fusión de Marte y Venus, se habían deformado; á los juegos olímpicos, donde toda la raza concurría en noble anhelo de belleza y de fuerza, sucedieron los espectáculos circenses, en que pasivas muchedumbres, ya incapaces de acción, se limitaban á admirar desde lejos los disformes gladiadores; se hicieron los latinos voluptuosos como asiáticos y como éstos mentirosos y venales: florecía la amarillenta histeria. Los sabios que empujaban á Juliano eran sofistas que requerían sus mercedes... Y desde aquella podre se vislumbraba, por todo horizonte, á los anacoretas de la Tebaida, la última corrupción, la muerte ruin y sucia, la extrema miseria moral y física, llamando á todas las otras miserias de aquel miserable mundo, como llama el abismo desde abajo á las piedras inseguras de los declives.

Tales son el hombre y el ambiente que pretende describir Merejkowsky. Pero sigamos al novelista por un momento,

Organizó Juliano en Constantinopla una procesión báquica. En lugar de los patricios y patricias que esperaba, le rodearon funámbulos, legionarios borrachos, ramerías, artistas hípicas, mimos: gente perdida. El noble coro de Sófoles entonó una canción canallesca. «De toda la comitiva, sólo las panteas eran dignas y hermosas.» Y

Juliano se estremecía de rabia y de asco. Al terminar las ceremonias se acordó de que había preparado un discurso:

—¡Hombres, dijo, el dios Dionisios es el principio de la gran libertad de vuestros corazones!...—Advirtió tal expresión de estupidez en los rostros, que las palabras espiraron en sus labios...»

¡Pobre Juliano!... La decadencia no le había perdonado. Gustaba de los crepúsculos vespertinos. «...Amo, exclamaba, más el anochecer que la mañana, más el otoño que la primavera... Amo todo lo que se va... hasta el perfume de las flores marchitas...»

¡Pobre Juliano!... Le entristecía la pequeñez de sus adversarios. «Quisiera—le hace decir Dmitry de Merejkowsky, empleando pensamientos de Nietzsche;—quisiera que mis enemigos fueran dignos de mi odio y no de mi desprecio.»

Y el César soñador se sentía profundamente solo. Sus funcionarios, para adularle, simulaban milagros como los del Nazareno en Galilea; al pasar Juliano los paralíticos caminaban. ¡Cuánto tullido, cuán o jiboso en el imperio agonizante!... El apóstata echaba de menos las cóleras antiguas de los dioses lares. «¡Cómo hubieran purificado la tierra de aquella lacería pagana y galilea, de aquel estiércol humano y apestoso!...» Sed duros, manda Nietzsche, pero Juliano no era duro: la epidemia cristiana le había inficionado. Cuando las muchedumbres cristianas le pedían á gritos el martirio, contestaba el apóstata: «Acordaos de que no son únicamente los galileos los que saben perdonar.»—Y Júpiter no hubiera perdonado. Verdad que los tiempos eran otros. En los buenos siglos de los dioses la existencia era hermosa, y valía la pena de ser vivida; en los de Juliano reinaba la noche; «¡la muerte es la luz!», decían los cristianos.

El empeño de Juliano era imposible; no podía luchar. «Los conven-

tos, dice Gener, brotaban del suelo como una generación de criptogamas después de un gran cambio atmosférico».

El Juliano que nos pinta Merejkowsky presentía la inutilidad de su intento: «Oye, dijo; una vez unos guerreros romanos hallaron en mi presencia, en un pantano de Mesopotania, un león perseguido por moscas venenosas. Metíanse en sus narices, en sus orejas, en la boca, no le dejaban respirar; le hacían cerrar los ojos y á picaduras acabaron con sus fuerzas. Esa será mi muerte y tal la victoria de los galileos sobre el César romano».

A los pocos días un dardo persa le evitó ese suplicio. Murió diciendo: «Es inútil resistir al destino. Ahora, que triunfen los galileos. Venceremos más tarde...» Y en las últimas páginas del libro, pregunta un personaje: «¿Crees que hermanos desconocidos recogerán el hilo cortado de nuestra vida y que, siguiéndolo llegarán más lejos? ¿Crees que no morirá todo entre esta sombra bárbara que cae sobre Roma y sobre la Hélada?» Otro responde: «¡Sí!... Juliano tenía razón. Su gloria es su silencio... ¡Debemos sepultar entre las cenizas de los altares la última chispa para que las gentes y las naciones futuras hallen luz con que encender las nuevas antorchas! Así empezarán donde nosotros terminemos. Entonces resucitará la Grecia y nosotros con ella...» Y alguien dice, con palabras de Federico Nietzsche: «Los dioses han muerto; ahora es preciso que surja el hombre dios...»

Nada es nuevo en *La muerte de los dioses*. El pensamiento inspirador pertenece á Nietzsche; el ambiente reflejado á Renan, y el tipo de Juliano recuerda el del protagonista de *A orillas del mar libre*; hombre superior, que viviendo entre gentes groseras, vence al principio, como el Apóstata, logrando domoñar el furor de los pescadores que le rodean; y luego de la victoria, solo entre aquellas gentes que

le execran, cae de abismo en abismo, hasta volverse loco. El desgraciado Augusto Strindberg, hoy víctima de la locura religiosa, inmortalizó instintivamente su autobiografía en el héroe de *A orillas del mar libre*.

Nada hay de nuevo —y tal vez he dado, al decir esto, con el secreto de las cinco ediciones que ha alcanzado en España la obra de Merejkorosky. El rapsodista de *La muerte de los dioses* se ha limitado á aproximar al oído del público ajenas melodías.—Y el público frecuenta más las tiendas que las fábricas.

Además, el libro de Dmitry, como *Electra y Quo valis?*, nos llega en el buen día. Nuestro pueblo, el único europeo que había permanecido extraño de por dentro al Renacimiento, á la Reforma y á la Revolución, comienza á pensar en el problema religioso. Ya era tiempo.

Y como esta cuestión nos preocupa nos preguntamos nuevamente: ¿Por qué murió el Olimpo, por qué fracasó Juliano en su empeño de resucitarlo? Merejkowsky nos responde: «Porque en aquel ambiente, muerto y triste, no era posible resucitar la alegría y la fuerza.» Y ante esta respuesta surge otra pregunta en nuestros labios: ¿Por qué el ambiente aquel era de muerte?

¿Será que griegos y romanos degeneraron al cruzarse en el Asia y en el Africa con las razas semíticas? ¿Será, como Nietzsche afirma, que fué el cristianismo una depresión de la Humanidad originada por infecciones ó leyes siderales cuyas causas se ignora? ¿Será cierta la hipótesis de nuestro Pompeyo Gener al relacionar la marcha del ascetismo con el movimiento de los hielos polares? Cierta ó incierta es tan curiosa, que vale el trabajo de copiarla. Así escribe Gener:

«El doctor Charbonnier-Debatty dice que los prodigios de misticismo sólo son posibles más allá de cierta latitud. Donde el frío riguroso hace indispensable una gran

cantidad de carbono, la abstinencia no puede existir. Nulo en el Norte, muy raro en los climas templados, va haciéndose más común á medida que se avanza hacia el Mediodía, y es frecuentísimo en los países que se acercan á los trópicos, en los que la temperatura del medio ambiente suple el calor que da al cuerpo humano la combustión del carbono, que entra en él con los alimentos. La abstención mística viene, pues, determinada por la latitud. Hay una línea isoterma-mística que el hombre no puede traspasar. Pero esta línea no es fija, pues la temperatura de los hemisferios varía con el cambio de los movimientos de la Tierra.

»Es ya sabido por los geólogos que los hielos de los polos se mueven, avanzando los del Norte y retrocediendo los del Sur, y viceversa, en virtud de la precesión de los equinoccios, combinada con el movimiento de la línea de los ábsides, contribuyendo á ello también la variación de la excentricidad de la órbita de la tierra y la variación de la oblicuidad de la eclíptica. En virtud de estas leyes astronómicas, en 1248 el hemisferio boreal alcanzaba la mayor temperatura y el mínimum de extensión de sus hielos polares, habiendo alcanzado el máximum de frío á diez mil quinientos años de esta fecha.

»El misticismo se acentúa cabalmente á partir de ocho siglos antes de la primera fecha citada, creciendo hasta el siglo XIII, en que alcanzó el máximum el poder teocrático, época de los grandes terrores eclesiásticos. A últimos del siglo IV la línea isoterma-mística coincidía con el paralelo que pasa por el alto Egipto, y, acentuándose el calor en nuestro hemisferio, fué subiendo gradualmente, hasta que en el siglo XIII el ascetismo invade el mediodía de Europa y el misticismo es posible ya en el Norte. A partir de 1248 el hemisferio bajó y con él el fervor místico; las naciones del Norte fueron las primeras

que se emanciparon. En Holanda surgía Spinoza, en Inglaterra hacía prosélitos Lutero y Alemania rebosaba de herejías cuando Teresa de Jesús admiraba aún á España. Buscad el verdadero ascetismo hoy día y sólo lo hallaréis en la baja Judea ó en el Africa.

»Si el alto Egipto fué en el siglo IV el foco del ascetismo, puede suponerse con fundamento que se debió á estas leyes cósmicas.»

La explicación es cuando menos consoladora. Nos permite esperar que el cristianismo se halle á su vez pasando, como las causas que lo hicieron posible. Y nuestra esperanza no carece de lógico cimiento. Algo indica el éxito que alcanzan las teorías nietzschianas lanzadas á los vientos por los mejores ideólogos y literatos. ¿Qué así se vulgarizan pensamientos concebidos únicamente para cierta aristocracia por el filósofo que decía, justificando lo intrincado de su estilo: «He puesto una valla en mi jardín para que no penetren ni los ladrones ni los puercos?» ¿Qué importa?... La aristocracia á que Nietzsche aspira no es de los intelectuales refinados y decadentes, sino la de los hombres de apetito: para encontrarla se hace preciso hablar en idioma inteligible.

Por lo que hace á nuestro pueblo, la religión, un tiempo monopolizadora de su espíritu, hoy sólo ocupa nuestra piel. Todo indica que las presentes agitaciones nacen del íntimo deseo de librarnos de semejante costra. Cuenta Anatole France que «á mediados del siglo XIV una joven romana llamada Blesilla hizo tales ayunos en un convento, que murió en consecuencia. El pueblo furioso acompañó el féretro, gritando: Expulsemos, expulsamos á la detestable raza de los frailes. ¿Por qué no se les lapida? ¿Por qué no se les arroja al río?» Hoy no se contenta con preguntar: ¿por qué no se les lapida? Quítense de las calles á la guardia civil, y el

pueblo los lapidaría sin hacerse ninguna clase de preguntas.

Quédense los soldados en los cuarteles, ó únense alguna vez al pueblo, y se verá la serena alegría con que serán arrojadas las piedras de las antiguas catedrales sobre las cabezas religiosas. No es posible la transacción. En nuestros pechos se ha clavado inquebrantablemente la convicción de que á la vida en la tierra no deben tener derecho los que no pongan en ella todas sus esperanzas. ¿Qué valen, frente á esta convicción, los alegatos de la tolerancia? Nada pueden los argumentos de France, cuando nos dice en su *Jardín de Epicuro*:

«Los dragones filósofos se precipitaron al invocar la naturaleza para casar las monjas. La naturaleza es más vasta de lo que imaginaban; reúne el ascetismo y el sensualismo en su seno inmenso, y en cuanto á los conventos, fuerza es que sea amable el monstruo, puesto que es amado y no devora sino á víctimas voluntarias... Cuando la vida era una pesadilla, las más dulces almas se iban á soñar con el cielo á casas que se alzaban como grandes navíos por encima de las olas del odio y del mal. Pasaron esos tiempos. El mundo se ha hecho casi soportable. En él se permanece más á gusto. Pero, después de todo, los que lo hallan todavía demasiado áspero é inseguro, están en su derecho al retirarse de él. La Asamblea constituyente se equivocó al discutirlo, y nosotros tenemos razón cuando lo admitimos en principio.»

¡No; no tienen razón! Frente á esos argumentos se alzan nuestros instintos. ¡Y vaya usted á discutir con los instintos!... Ellos nos dicen que por boca de Anatole France nos habla la decadencia de la raza francesa. Y nuestro país es sobrado prolífico para escuchar las sócráticas y sofisticas razones del último grande hombre de un pueblo sin hijos.

Ramiro de Maeztu.

## PARIS.

### En favor del duelo.

He oído decir que en Barcelona los padres de familia tratan á estas horas de fundar una liga «contra el duelo».

Supongo que será contra el duelo en Francia, en Cuba ó en Hungría, que son los tres países en donde con más facilidad se sacan al sol las espadas. En cuanto á España, no hay necesidad de ligas. Nuestros duelos son tan raros como los de Londres y tan ingeniosos como los de las universidades alemanas. Puestos á fundar, debiérase, por el contrario, tratarse de una liga en favor del duelo.

\* \* \*

En primer lugar, el duelo es estético. Contiene los tres elementos de la belleza, á saber: la línea, el ritmo y la emoción. Es, además, en nuestra época de hipocresías morales, un alarde de franqueza ruda. Y es, sobre todo, ante todo, el único baluarte contra el insulto que ensucia, contra la injuria que humilla, contra la calumnia que mata.

En las ciudades en donde los escritores deben necesariamente batirse con aquellos á quienes han ofendido, los insultos son menores. El que en París se consagra á la censura personal y violenta tiene que ir *al terreno* cada vez que lo llaman. Los duelos de Rochefort son incontables. Los de Mirbeau y Clemenceau son ciento. Laurent Tailhade se ha batido treinta veces. Henry de Bruchard, en fin, que aún no tiene veinticinco años de edad, ha ido cinco veces al campo del honor, ó de la venganza.

Cada uno de aquellos duelos puso honroso fin á cuestiones venenosas é hizo sagrados, uno para el otro, á dos caballeros que se odiaban la vispera. «La esencia misma del duelo—dice Laurent Tailhade—es el respeto, pues una sola gota de sangre debe abolir de manera eficaz y completa los más crueles ultrajes. La ley permanente de la espada lo manda así. Y sean cual fueren las discordias, los odios, las invectivas que los lleven *al terreno*, los combatientes se deben recíproca estima é impecable cortesía.»

El poder de la sangre es tal, en efecto, que una gota lava el honor más comprometido. Pero ¡ay de aquel que no sabe lavarse así! La razón puede estar de su parte, puede ser de todos los hombres el más honrado, no importa; la ofensa personal lo hace despreciable. Una bofetada, por ejemplo, no se cura con una satisfacción. La reparación es indispensable. Claro lo sabe.

\* \* \*

No desacreditemos el duelo.

El valor personal no es una obligación, sino una virtud. Puede carecer un hombre de valor y ser respetable. Puede un caballero ser admirable y tener miedo. Lo que no se puede impunemente es ser cobarde.

La cobardía implica bajeza, falsedad, mala alma.

El que insulta y no se bate es un cobarde. El duelo convertido en costumbre nacional, el duelo impuesto por los amigos, por la familia, por la opinión pública, el duelo, á pesar de todo, como se practica en Francia, hace muy raros los casos de cobardía individual. En este momento sólo uno recuerdo: el de León Blois, negándose francamente á dar una reparación á Lepelletier después de haberlo insultado. «Soy católico—dijo,—y mi religión me prohíbe batirme.» Insultar, en cambio, nada se lo impedía.

\*  
\*\*

Que los que no quieran tener necesidad de coger una espada se alejen de la lucha diaria de la prensa ó de la política. Que se encierren en sus torres de marfil. Que, por lo menos, no provoquen. Porque ¿no os parece natural que, por lo menos, los insultadores de profesión vayan al prado con la espada en la diestra? Entre nosotros no lo es. En Madrid no hay un duelo mensual por término medio. Hay, en cambio, cada día un insulto público y á cada hora un pretexto de los que en París se aprovechan para sacar la daga.

Los padres de familia de Barcelona no tienen necesidad de fundar liga ninguna. Los jóvenes, los que quieren ser europeos y modernos, son los que debieran no negarse jamás á nombrar padrinos, haciendo así, sin estatutos, la liga del honor.

*E. Gómez Carrillo.*

## EL AVE INMORTAL

En los muros de templo alejandrino  
cinceló un escultor una poesía;  
y el tiempo, que á las moles desafía,  
derrumbó el monumento peregrino.

De los escombros, con volar divino  
alzó intacta la estrofa su armonía,  
y forma que tan frágil parecía,  
superó á la del templo diamantino.

Grabóse luego en otros monumentos,  
y miró deshacerse sus cimientos,  
de los que libre se elevó vibrando.

Y de las ruinas de cualquier grandeza,  
como alondra inmortal de la belleza,  
la poesía se alzaré cantando.

*Salvador Rueda.*